

Lo que quería decir: Ciceron, mi amigo, si hubieses hablado como has escrito, Milon no comería barbos en Marsella.

Milon no murió en Marsella: fué muerto en Calabria en la guerra entre César y Pompeyo. La tradición quiere, sin embargo, que aquella casa de la calle de los Carmelitas sea la suya, y que suyo sea aquel busto. Algunos arqueólogos habían querido reconocer en aquel busto una efigie de San Victor, pero sus antagonistas les habían respondido victoriosamente preguntándoles qué era lo que tenía que hacer con San Victor la loba romana que se veía esculpida sobre la hornacina, y aquellas delicadas hojas de acanto tan elegantemente trabajadas que el cincel que las había esculpido llevaba en su trabajo mismo la fecha del siglo de Augusto. En fin, el pueblo, que sabe más que todos los anticuarios habidos y por haber, ha consagrado esta tradición, que no ha podido salvar la casa de la calle de los Carmelitas del encantador blanquete y pintarrajeado amarillo tan en boga en los ayuntamientos.

Una de las ruinas que datan de la misma época es la *puerta Julieta*, que no ha sido demolida, porque sirve de registro para los derechos municipales. Los etimologistas quieren á todo trance que este nombre de puerta Julieta le venga de *porta Julii*, en atención, dice, á que fué por esta puerta por donde César entró en la ciudad despues que Trebonio la hubo hecho entrar en razón. Sobre esta puerta había bajos relieves é inscripciones, que hubieran podido referir este gran suceso: pero han sido corroidas por ese áspero viento de mar que reduce á polvo toda piedra, y no queda más que la argolla, también corroida, de donde pendía el dosel que se levantó delante de César.

Agregad á estos dos recuerdos algunas arcaicas del antiguo palacio de las *Thermas*, que forman hoy sobre la plaza de Lenche la tienda de un tonelero, y tendreis contado todo lo que Marsella encierra de antigüedades romanas.

Poca cosa es, como se ve, cuando se ha llamado *Massilia*, y cuando se está tan cerca del *punte de Gard*, de la *Casa Cuadrada*, y del *arco de triunfo de Orange*.

MARSELLA LA GÓTICA.

Marsella no es más rica en monumentos de la edad media que en ruinas antiguas. Cuando se ha visto el *campanario de los Ac-*

coules, la *abadia de San Victor*, las ruinas de la *torre de San Pablo*, la *casa del ayuntamiento* y el *fuerte de San Nicolás*, se ha visto cuanto ha quedado en pie en Marsella desde el siglo IV hasta el XVII. El campanario de los *Acoules* es todo lo que queda de la iglesia de Nuestra Señora de las *Accoas*, destruida en la época de la revolución. Es una flecha romana pesada y maciza, que no recuerda tradición alguna notable, y por delante de la cual pasa uno aun sin pararse.

No sucede así con la antigua abadía de San Victor, monumento á la vez curioso y venerado: está edificado en el punto mismo en que Casiano que llegaba de los desiertos de la Tebaida encontró en una cueva el cadáver de San Victor: aquella bóveda estaba en medio de un vasto cementerio. Casiano fundó la iglesia que hoy vemos, y que el siglo XIII aspilló: en cuanto á su primitiva fundación se remonta al año 410.

En las bóvedas de San Victor está la buena *Virgen Negra*, la más venerada de las imágenes marselesas, cuyas principales funciones son hacer llover en las grandes sequías. Una vez al año, el día de la Candelaria, se la trasporta á la iglesia, se la reviste de sus más hermosos vestidos, se la pone en la cabeza su corona de plata, y se la espone á la veneración de los fieles. Atribúyese en general esta imagen á San Lucas: es un origen muy santo, pero que es preciso no aceptar como una palabra evangélica. Los que cierran los ojos á la fe para no mirar así á la buena *Madre Negra*, como vulgarmente la llama el pueblo marseles, le asignan por fecha el fin del siglo XIII, ó principios del XIV.

En cuanto á la torre de San Pablo, también fué aspillada y fortificada como la abadía de San Victor, porque era también de vieja fecha. Hace veinte años que estaba todavía en pie, y altiva cual en los tiempos del condestable de Borbon: un recuerdo patriótico debió de protegerla. Sobre su plataforma se apuntaba con aquella famosa culebrina que contribuyó á hacer levantar el sitio á los españoles, y dió al chancero marqués de Pescara ocasión de decir una de sus mejores gracias. Pero los ayuntamientos son feroces, y no entienden de chanzas ni de viejas paredes: no comprenden ni las unas ni las otras; y les parece que todo lo que no comprenden los insulta. La vieja torre, aunque contaba casi cerca de mil años de existencia, era muy lenta en morir: el tiempo que se había gastado encima la respetaba grandemente. Tocó sus trompetas el ayuntamiento, y cayó la torre feudal, para levantarse otra vez convertida en fábrica de jabón.

Sin embargo, era un bello recuerdo que se debió conservar el de esta torre ante la que retrocedió aquel famoso condestable de Borbon, que debía tomar á Roma. Su venganza había cumplido su palabra. Volvía á entrar

en Francia con aquel famoso estandarte emblemático que representaba un cometa y espadas culminantes.

Volvió á entrar en Francia reunido á genoveses, á florentinos, á milaneses, á venecianos, al rey de Inglaterra Enrique VIII, al papa Adriano VI, y al emperador Carlos V: y despues de haber arrojado á los franceses de la Lombardia; había tomado en lugar de los demás títulos que le había arrebatado Francisco I, el título de conde de Provenza, y marchaba sobre Marsella reclamando su condado.

Por su parte, una multitud de gentiles-hombres franceses había venido á arrojarse en Marsella; pero sorprendidos de improviso, no teniendo tiempo de reunir un ejército, no traían más socorro que el individual de su valor. El mariscal de Chavannes, que debía morir en Pavia antes que rendirse; Felipe de Brion, conde de Chabot, el ingeniero Miradel, fueron de este número.

Reducida Marsella á sus propias fuerzas resolvió al menos emplearlas todas; y recordando que había resistido á César no desesperó vencer al Condestable. En su consecuencia, organizó una milicia ciudadana que se elevó á más de nueve mil hombres: arrasó todos los arrabales, sin perdonar ni las iglesias ni los conventos: reparó los fuertes y las murallas; y era tal el entusiasmo que hasta las mugeres ayudaron á los trabajadores.

En esto se estaba, cuando por la parte del mar se oyó tronar el cañón. Era Lafayette á la cabeza de la escuadra francesa, que venía á las manos con Hugo de Moncada, comandante de la escuadra española; y á la que tomaba tres galeras. De buen agüero fué esta ventaja; así es que los marseleses recobraron un nuevo valor.

A principios de julio de 1525 se oyó decir que Carlos de Borbon había destrozado las tropas de Ludovico de Grassa, señor de Mas, y que había pasado el Var. Algunos días despues se oyó decir que Honorio de Puget, señor de Prat, primer cónsul de la ciudad de Aix, había traído las llaves de la ciudad á Carlos de Borbon, y le había nombrado magistrado de ella. En fin, en 13 de agosto se divisó á la cabeza de una pequeña tropa á Carlos de Borbon mismo: venía á reconocer á Marsella.

—¡Caramba! dijo Pescara su teniente viendo las disposiciones tomadas, parece que no tendremos tan buen negocio en Marsella como en Aix.

—¡Bah! respondió Borbon con un gesto de desprecio, al primer cañonazo vereis á los marseleses traernos las llaves de la ciudad.

—Lo veremos, dijo Pescara. Pescara era el Santo Tomás de la expedición, únicamente que en lugar de convertirse de día en día se hacía más incrédulo.

El 19 el Condestable presentó delante de

Marsella todo su ejército. Se componía de siete mil lansquenetes, de seis mil infantes españoles, de dos mil italianos, y de seiscientos caballos ligeros. El marqués de Pescara se alojó con los suyos en el hospital de San Lázaro, el Condestable y los lansquenetes se alojaron en Puerto Gallo, y los españoles en el camino de Aubagne. Decidióse abrir la trinchera el 23. En su consecuencia el Condestable invitó para el 23 á Pescara á venir á oír la misa en su tienda, y á desayunarse con él.

Pescara, que era á la vez devoto y goloso, fué exacto á la cita. Se comenzó por la misa, que celebró el capellan del Condestable en un altarito improvisado. Los dos gefes de los sitiadores la oían de rodillas á cada uno de los lados del altar. De repente se oyó un cañonazo, y el sacerdote que en aquel momento alzaba la hostia, cayó todo cubierto de sangre sobre el altar, sin haber aun tenido tiempo de dar un grito.

—¿Qué es esto? preguntó Borbon.

—Nada, monseñor, respondió Pescara, son los ciudadanos de Marsella que os traen las llaves de su ciudad.

Levantaron del suelo al sacerdote que estaba muerto. La misa concluyó así. Los dos gefes se fueron á desayunar.

Además, Borbon no tenía más escrúpulo consigo mismo que con los demás. Cuando á su vez fué herido por la bala que le mató, se tendió en el foso, se hizo echar sobre el cuerpo su capa blanca, y enseñando la brecha á sus soldados les dijo:

—¡Adelante siempre!

El mismo día se abrió la trinchera, y se rompió el fuego de cañón sobre la ciudad. Por su parte la artillería marselesa hizo prodigios, y sobre todo la famosa culebrina que disparaba desde lo más alto y alcanzaba más que ninguna otra pieza. Así cuando se hubo reconocido su superioridad, vinieron los artilleros de más certera puntería á servirla; de modo que hizo gran destrozo en las filas enemigas. Pasáronse algunos días en hacer el mayor ruido posible arriba, y el menor ruido posible abajo, es decir, que al mismo tiempo que abrían la trinchera los españoles trabajaban á la zapa como topas. Por su lado los marseleses reparaban las murallas, y contraminaban lo mejor posible, y en esta noble defensa fueron tan bien auxiliados por las mugeres de la ciudad que aquella parte de las murallas conserva todavía el nombre de *Trinchera de las Damas*.

Por fin, el 23 de setiembre la brecha quedó practicable. Así Borbon, contra el parecer de Pescara, resolvió dar el asalto. Lo que determinaba al Condestable es que era urgente concluir por un golpe de mano. Habíase convenido con los aliados que mientras que él invadiese el Mediodía de la Francia los españoles harían una irrupción por la Guyena, la In-

glaterra por la Picardía, y la Alemania por la Borgoña.

Pero Enrique VIII y Carlos V, habían faltado á su palabra, y guiado por su odio y rencor, Carlos de Borbon se había encontrado solo en la cita.

Por otra parte, había sabido que los mariscales de Chavannes y de Montmorency acababan de combinar sus operaciones con el conde de Carces, y que se preparaban á acudir en socorro de Marsella con numerosas tropas y formidable artillería.

Además, le habían faltado siempre viveres y comenzaban á faltarle municiones. Durante el día 25, Borbon tomó todas sus disposiciones para dar el asalto, y Marsella para recibirlo: por cada lado era decisivo el golpe.

En el momento de ponerse el sol, los españoles dirigidos por Borbon se adelantaron á la brecha. En cuanto á Pescara, como había desaprobado aquella tentativa, miró dar el asalto con los brazos cruzados.

Horrible fué la lucha: tres veces Borbon en medio de las balas, de las llamas, del humo, de las piedras, de los maderos, y de la pez ardiendo llevó á los españoles sobre la brecha; tres veces fueron rechazados: Borbon quiso intentar un cuarto asalto, pero estaba muy cerrada la noche y le fué imposible reunirlos.

En la noche supo que la vanguardia francesa se hallaba en Sabon. Entonces no pensó mas que en retirarse. A las tres de la mañana dió el Condestable la orden de retirada.

Al amanecer vieron los marselleses huir á sus enemigos. Corrió entonces la ciudad entera á las murallas palmeoteando y persiguiendo á los españoles con silbidos.

La famosa culebrina también silbaba, pero era disparando contra los enemigos mientras estuvieron á tiro.

Así terminó este sangriento baile al son de la misma música con que se había empezado; y sin embargo, aquella torre memorable sobre la que se había colocado el principal instrumento de la orquesta, fué destruida por el ayuntamiento. ¡Dios le haya concedido su paz en este mundo y en el otro! En la casa del ayuntamiento, á menos que no lo hayan raspado, había un escudo de Francia hecho por Puget. Este pobre Puget no había podido prever la suerte que nuestras revoluciones reservaban á su obra: había puesto sobre el escudo aquellas tres flores de lis que habían sido las armas de San Luis, de Francisco I y de Luis XIV: había creído que las victorias de Mansourath, de Mairignan, y de Denain las habían regado con bastante gloriosa sangre para que hubiesen tomado raíces para siempre en el suelo francés. Puget se había equivocado, y su escudo raspado por la mano del pueblo, agnarda sobre un campo sin color y sin armas los colores y las nuevas armas que gustó la Francia elegirle. *Deus dedit; Deus dabit.*

La primer cosa que se ve al subir la escalera de la casa del ayuntamiento de la ciudad de Marsella, es la estatua del asesino Libertat, á quien su nombre, en el que la ignorancia del pueblo vió un simbolo, protegió contra todos los ataques.

Hacia fines del año de 1593, por consecuencia, un año despues de la entrada de Enrique IV en París: habiéndose unido á él todos los capitanes de la Liga, todas las ciudades de Francia reconocieron su poder, y solo permanecieron rebeldes entre los capitanes Epernon, Casaulx, y un teniente desconocido llamado Laplace: y entre las ciudades las de Grasse, Brignolas, y Marsella.

Enrique IV había vencido á Mayena en el combate de Fontaine-Françesa, y se había reconciliado con el papa Clemente VIII. Esparcidas al mismo tiempo estas dos noticias, la una por Carlos de Lorena, Duque de Guisa, hijo del de la *Caracortada*, que había sido nombrado gobernador en Provenza, y la otra por monseñor Aquaviva, vice-legado en Aviñon, había hecho gran provecho de la casa del Bearnes. Así Aix, Arlés, Moustiers, Riez, Aups, Castellani, Ollioul, el Bausset, Gemenos, Cegreste, y Mairignana, habían abierto sus puertas, á los gritos de «viva el rey.» Quedaban, como hemos dicho, Epernon, que se mantenía firme en Brignolas, Laplace, que ocupaba á Grasse, y Marsella que defendía Casaulx.

Una mañana un capitán llamado Granier entró en el cuarto de Laplace, cuando se estaba desayunando.

—Compañero, le dijo: Es preciso morir.

Y juntando al mismo tiempo la acción á la exhortación, le clavó un puñal en el pecho. A esto no había nada que contestar. Laplace abrió los brazos; lanzó un suspiro y murió. Habiendo sabido los cónsules este suceso, recorrieron inmediatamente la ciudad, gritando «¡Viva el rey!» Despues como viesan al duque de Guisa que se adelantaba á la cabeza de su vanguardia, corrieron á su encuentro y le abrieron las puertas en medio de las mas ardientes aclamaciones.

Solo faltaban por rendirse Brignolas y Marsella.

Epernon se había visto sucesivamente abandonado por todos sus capitanes y por una parte de sus soldados: de diez mil hombres que había traído consigo, apenas le quedaban mil quinientos hombres: pero como la terquedad constituía el fondo principal de su carácter, había resuelto mantenerse firme hasta lo último, lo que desesperaba á Brignolas y sus intermediaciones. Un aldeano de Val, llamado Bergne, resolvió libertar al país de aquel furioso ligero.

Epernon tenía su alojamiento en casa de un tal Roger. La comunidad de Val debía dos cargas de trigo á este mismo Roger, que en atención á que no abundaban las provisiones de boca, reclamó el trigo en el día señalado

para su pago. Esto era justamente lo que aguardaba Bergne. Llevó las dos cargas de trigo en casa de Roger, sustituyendolas con dos cargas iguales de pólvora, ató los dos sacos del mismo modo que tenía costumbre de atar los sacos de trigo: únicamente en el atado preparó un artificio que debía en el momento en que se desatase el nudo de la cuerda, dar fuego á una especie de máquina infernal: despues cargó tranquilamente sus dos sacos sobre un mulo, y se fué á depositarlo á la hora de comer del duque, en el vestibulo, colocándolo precisamente encima de donde Epernon comía. Se ofreció Bergne á aguardar á que el señor de Roger que se hallaba ausente volviese para darle su recibo; pero Bergne que veía acercarse un criado al saco y que tenía prisa en irse de allí, dijo que volvería á otro día á buscarlo, tomó la puerta y en cuanto pasó su umbral echó á correr con todas sus piernass.

Apenas se hallaba al extremo de la calle cuando se dejó oír una horrorosa explosión.

Se desplomó la casa entera, Epernon quedó á caballo sobre una viga, y solo tuvo algunas contusiones.

Como podía renovarse la cosa y debía aguardar á no ser siempre tan afortunado, como además se hallaba disgustado, en fin, de aquella guerra inútil, toda sembrada de traiciones francas y peligros ocultos, Epernon abandonó á su bella Provenza.

Quedaron, pues, únicamente, para hacer frente al poder cada día creciente de Enrique IV, Marsella y Casaulx.

Como todos los hombres que, aparecidos de pronto han representado durante un instante un gran papel político, despues han vuelto á la nada sin haber tenido tiempo de decir su última palabra, Casaulx fué muy severamente juzgado, no solo por la posteridad sino tambien por sus contemporáneos. Decían los unos, que explotando los antiguos recuerdos de la ciudad municipal, Casaulx quería romper los vinculos que unían á Marsella con el resto del reino, y hacer de ella una ciudad libre, una república comerciante como Génova y como Florencia; lo que permitía realizar la posición topográfica de la ciudad. En cuanto á él, sus esperanzas hubieran sido en este caso ó el gorro ducal ó la bandera de gonfaloniero.

Decían otros al contrario, y en apoyo de la opinión de estos el presidente de Thou ha unido la autoridad de la suya, decían otros que Casaulx no era mas que un ligero obstinado que sacrificaba la ciudad á su ambición, ambición mezquina que se limitaba al título de Grande de España, y á la posesión de algun marquesado en Calabria; y preciso es confesarlo, podria muy bien tener razon el presidente de Thou.

Sea de esto lo que fuese, Casaulx era señor absoluto de Marsella. Tenía sus guardias

de corps, cobraba contribuciones, confiscaba los bienes de los realistas, establecía impuestos: en fin, su marina, porque tenía una marina, habiendo aprésado un buque salido de Liorna que llevaba de parte del joven duque de Toscana muebles de plata y alhajas para el rey de Francia, Casaulx se quedó con todo para sí sin dar cuenta al ayuntamiento. Verdad es que la totalidad estaba valuada en ciento ochenta mil francos, lo que tal vez no es una disculpa, pero es al menos una razon.

Casaulx tenía, pues, á Marsella en estado de guerra abierta, cuando el resto de la Provenza se hallaba pacificada. Convenía esto mucho al dux de Génova y al rey de España. Así, Juan de Dios Doria le envió cuatro galeras, que cada una le traía cien soldados, y Carlos II, que malamente en los árboles genealógicos es llamado el último de la raza varonil de la casa de Austria, se comprometió á no dejar jamás á Marsella falta de hombres y de dinero, si Casaulx quería comprometerse á no reconocer nunca por rey á Enrique de Borbon, y á no abrir las puertas si no á los soldados españoles, ni á contraer alianza alguna sin autorizacion de la corte de Madrid.

Casaulx prometió todo lo que se quiso, y para prueba de que estaba dispuesto á cumplir lo que había prometido, hizo con gran pompa quemar en la plaza de la Bolsa la estatua de Enrique IV. Sin embargo, no todo el mundo era en Marsella de la opinión de Casaulx, y algunas veces las opiniones contrarias se espesaban de manera que no dejaban duda alguna sobre su energía. Una tarde que Casaulx se paseaba en la plazuela Nueva salieron cuatro tiros de las ventanas de una casa, y mataron á Juan Altovetis, su primo. Como comenzaba á oscurecer pudieron salvarse los asesinos.

Menos fortuna tuvo otro conspirador llamado *Atria*, y pagó con su vida una tentativa del mismo género. Este, que era un fraile, tuvo la idea de hacer saltar al cónsul. A este efecto se asoció con otro fraile llamado Brancoli, y resolvieron los dos aprovechar las fiestas de Navidad, y elegir el momento en que Casaulx viniese á adorar al Santísimo Sacramento en la iglesia de los Dominicos. Debía colocarse un petardo debajo del banco en que tenía la costumbre de arrodillarse. Desgraciadamente Brancoli confió el complot á su cuñado Bequet. Bequet corrió á casa de Casaulx y se lo confesó todo con condicion de que no se le haría daño alguno á Brancoli. Casaulx cumplió su palabra: perdonó á Brancoli, pero hizo ahorcar á Atria, ordenó que echaran despues su cuerpo en una hoguera, y despues que se hubiese consumido el cuerpo que se echaran las cenizas al viento.

Estas dos tentativas eran poco tranquilizadoras, para los que quisiesen meterse en una nueva conspiracion; sin embargo, hubo un hombre llamado Libertat que no desesperó de

conseguir un resultado mas satisfactorio.

Como Casaulx, Libertat ha sido juzgado de dos modos diferentes; han querido los unos hacer de él un verdadero amigo de la independencia marsellesa que á ejemplo de Lorenzino de Médicis, hubiera fingido toda especie de complacencias y de amistad por el cónsul, á fin de tomar su tiempo, y por consecuencia éstar mas seguro de salir con el éxito; otros no han visto en Libertat sino un asesino pagado, que ha impuesto sus condiciones anticipadamente, y que no se ha comprometido á cometer el crimen sino con la esperanza de una gran recompensa.

Preciso es tambien para oprobio de la humanidad confesar que los últimos podían tener razon.

En efecto, las condiciones del asesinato eran que Libertat recibiría el cargo de viguiera, el mando de la puerta Reale, el del fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, el de dos galeras, sesenta mil escudos al contado, una tierra que produjese dos mil escudos de renta, una abadía de mil quinientos escudos, y los derechos de entrada sobre la especería y la droguería. Al lado de la parte del leon habia otras particillas para los asesinos subalternos; Marsella conservaba sus inmunidades: una cámara soberana de justicia habia de establecerse en ella; y se habia de proclamar una amnistia general.

El duque de Guisa, con el que se habian acordado estas condiciones, fué informado de que todo estaba listo, y que solo se aguardaba una ocasion favorable.

Por último, el 17 de enero de 1596, fué elegido para el dia de llevar á efecto el plan; y recibió el duque de Guisa un aviso para que estuviese pronto para entrar en la ciudad.

El 16 comulgaron los conjurados en la iglesia de las religiosas de Sion, y oraron mucho tiempo delante del Santísimo Sacramento, que habian hecho sacar del tabernáculo, á fin, dice la crónica, de encomendar su negocio á Dios.

El duque de Guisa fué exacto á la cita. Llegó hasta debajo de las murallas en la noche del 16 al 17; pero apenas se hallaba allí, cuando habiendo visto un religioso minimo desde las ventanas de su convento una gruesa tropa de soldados cuyas armas brillaban en la oscuridad, corrió enteramente sofocado y sin aliento á casa de Casaulx para prevenirle que los enemigos rondaban alrededor de las murallas, é iban sin duda á intentar alguna sorpresa.

Casaulx, que se hallaba un poco malo, y que por otra parte tal vez no daba entero crédito al discurso del fraile, envió á Luis de Aix para hacer un reconocimiento sobre aquella tropa. Luis de Aix saltó por la puerta Reale, cuya custodia se hallaba confiada á Libertat. Apenas hubo salido cuando Libertat

alzó el puente tras de él, de modo que no pudo volver á entrar.

Luis de Aix no llevó lejos su exploracion nocturna. No tardó, en efecto, en tropezar con una tropa de soldados realistas que se hallaban á las órdenes del señor de Almannon.

A los primeros tiros que se dispararon de uno y otro lado tomaron parte los cañones de las murallas: creyó el duque de Guisa que todo se habia perdido: pero Libertat encontró medio de hacerle decir que se mantuviese firme, y que toda aquella barahunda y ruido no significaban nada.

El duque de Guisa siguió al pie de la letra su consejo. Luis de Aix rechazado con su tropa quiso volver á entrar en la ciudad, cuya puerta encontró cerrada. Iba á ser cogido prisionero, cuando un pescador le arrojó una cuerda. Luis de Aix, que iba perseguido de cerca, se agarró á ella con todas sus fuerzas: tiró el pescador hácia arriba, y despues de grandes esfuerzos concluyó por subir al viguero sobre la muralla.

Apareció el dia. Libertat miró en torno de sí, y vió que segun su orden todos los conjurados casi se le habian reunido. Eran sus dos hermanos, sus dos primos, Juan Lorenzo, Jacobo Martin, Juan Viguier y otros dos.

Entonces dice la crónica, Pedro Libertat, que tenia necesidad de Casaulx, le hizo suplicar que sin tardanza se fuese á la puerta Reale, en atencion á que el enemigo mostrándose en todos los puntos, creia su presencia necesaria para mantener el valor del soldado.

Casaulx, que no habia concebido sospecha alguna, llamó á sus guardias de corps, y habiéndoles ordenado que se armasen se encaminó con ellos hácia la puerta Reale, aun sin tomar la precaucion de armarse él mismo. Entonces un soldado, al verlo venia á lo lejos, dijo á Libertat que miraba hácia otro lado:

—Capitan, aquí está el cónsul Casaulx.

Volvióse Libertat hácia el cónsul, y lo vió efectivamente dirigirse hácia él; marchaba entre dos pelotones de una veintena de hombres cada uno, y venia á paso redoblado. Pero Libertat se hallaba tan impaciente que no pudo aguardar á que Casaulx se le reuniese: dirigióse derecho á él, y llegado en frente del primer peloton de mosqueteros echó mano á la espada. Pareció estraña esta accion al brigadier que los conducia: así quiso arrestar á Libertat presentándole la punta de su alabarda; pero Libertat agarró la alabarda por el palo, y le partió la cabeza de un golpe con su espada. En el mismo instante cinco ó seis descargas de mosqueteria estallaron, pero aunque dirigidas á quemar ropa ninguna de ellas le hirió. Llamando entonces á sus amigos se arrojó inmediatamente en las filas de los guardias de corps, que rompiéndose ante él le abrieron paso has-

ta el cónsul. Asombrado éste enteramente con aquel fuego y con aquel ruido, medio sacó su espada retrocediendo delante de Libertat diciendo:

—¿Qué queréis de mí, capitan?

—Quiero haceros gritar: ¡Viva el Rey! dijo Libertat, y al mismo tiempo le dió una estocada en el pecho con tal fuerza que la espada le atravesó todo el cuerpo y salió ensangrentada por la espalda entre los dos hombros.

Por horrorosa que fuese aquella herida, Casaulx no quedó muerto; porque habiendo caído al pronto el rostro contra el suelo, se levantó sobre una rodilla. En aquel momento Bartolomé Libertat, hermano de Pedro, le dió un golpe de pica detras del cuello; esta vez cayó para no volverse á levantar mas Casaulx.

El mismo dia el duque de Guisa tomó posesion de la ciudad de Marsella en nombre del rey Enrique IV, despues de haber jurado la conservacion de los privilegios del ayuntamiento, así como todos los gobernadores habian acostumbrado á hacerlo.

Por su parte Libertat recibió lo que le habia sido prometido: grados, honores, dinero, tierras y abadía: mas todavia se le labró una estatua de mármol: esta estatua es la que se encuentra al entrar en la casa del ayuntamiento de Marsella. Pero lo que hoy mas curioso en esta estatua es que hoy todavia tiene en la mano la espada con que Pedro Libertat mató á Casaulx.

Como la casa de ayuntamiento no encierra nada mas notable puede uno evitarse el subir mas arriba de los diez primeros escalones.

Despues de la Liga viene la Fronda. Marsella se dividió en dos partidos: los *canivets*, ó *mazarinistas*, es decir, los partidarios del rey, y los *sableadores*, ó partidarios de los principes. Desde 1654 á 1657, se sableó y se arcabuceó en las calles de Marsella. En fin, se hizo entender á Luis XIV, que todo el mal venia de que los marselleses nombrando sus cónsules por sí mismos, estos cónsules eran naturalmente inclinados á la indulgencia con sus compatriotas. La indulgencia, como se sabe, es un remedio muy triste y pobre en materia de guerra civil.

Estos eran los consejos que debian darse á Luis XIV. Así estuvo perfectamente de acuerdo con la opinion de Luis de Bento que le aconsejaba anulase los cónsules elegidos por el pueblo, y nombrase otros por sí mismo. Pidió el rey una lista; y Luis de Bento presentó á Lázaro de Bento, Labane, Bonifacio Pascual y José Fabre, para cónsules, y á Juan Des Camps para asesor. Luis XIV firmó con confianza y encargó á Luis de Vandoma, duque de Mercœur, par de Francia, su gobernador en Provenza, que velase en la ejecucion del decreto que acababa de dar.

No era inútil la precaucion. Habiendo ido los nuevos cónsules al ayuntamiento para

ocupar el lugar de sus predecesores, fueron silbados por todas las calles por donde pasaron; pero viéndose poderosamente sostenidos no se desanimaron, y como se habian visto corsarios á lo largo de las costas aprovecharon aquel pretesto para hacer rogar al caballero de Vandoma, hijo del duque de Mercœur, que entrase en el puerto con su galera. Este era un medio de introducir soldados en la ciudad con desprecio de sus privilegios.

Indignada la ciudad se sublevó toda entera. Así es como todas aquellas cabezas proverbiales llenas de *mistral* y de sol, se incendiaron con una chispa, y pusieron fuego á toda la Provenza causando un incendio.

Gaspar de Nioselle tomó la direccion de la revolucion: era un hombre de corazon que gozaba de gran popularidad. Entonces diez ó doce de esos hermosos nombres marselleses tan sonoros en la lengua y que tanto eco tienen en la historia, corrieron á su primer llamada, y se reunieron á él. El 13 de julio de 1658, en tanto que los cónsules se hallaban en sesion, los sublevados quisieron forzar la casa del ayuntamiento; cambiáronse de una y otra parte algunos tiros: Nioselle recibió una ligera herida que exasperó á sus partidarios. La casa del ayuntamiento iba á ser tomada, cuando los cónsules enviaron un mediador á los insurgentes. Este mediador era Fortia de Piles: se comprometió en nombre de los cónsules á despedir la galera. Todo se tranquilizó, y cada cual se volvió á su casa.

El 19 se supo en la bolsa que en lugar de despedir la galera, los cónsules habian hecho pedir nuevos refuerzos. Al mismo tiempo se estendió la noticia de que Nioselle acababa de ser arrestado. A estas dos noticias la conmocion y el motin, apenas apagados, volvieron á encenderse. La presencia de Nioselle, en lugar de tranquilizar los espíritus, los exasperó. Se pone á la cabeza de los amotinados con su hermano el comendador Cugex. Ciérranse las puertas; los ciudadanos se reúnen armados; las mugeres se ponen á las ventanas y los escitan; los soldados que los cónsules llaman á su socorro son rechazados. Fortia de Piles, que quiere segunda vez presentarse como parlamentario, tiene á su criado muerto á su lado. Marcha sobre la casa del ayuntamiento: la casa del ayuntamiento se ve rodeada de humo de los mosquetes, y surcado de balas. Uno de los cónsules se disfraza de sacerdote y se salva: los otros dos atan una tohalla á la punta de sus bastones en señal de que se rinden á discrecion. Los soldados son arrojados de la ciudad en la galera; la galera es á su vez arrojada del puerto; dobla la *Cabeza del moro*, y toma alta mar entre los aplausos de toda la ciudad.

Nioselle era todopoderoso en Marsella. Se sirvió de esta autoridad para poner la plaza bajo el pie de defensa mas respetable que pudo. Pero por su parte el duque de Mercœur

no se había dormido: un cuerpo de tropas reales se había adelantado hasta Vitrolles; otro á Pennes; un tercero á Aubagne; y el caballero Pablo de Vandoma vino á bloquear el puerto con seis navios: Marsella se hallaba cercada por mar y tierra.

Sin embargo, todavía se arreglaron esta vez las cosas. El duque de Mercœur era del parecer de Alejandro VI, que no quería la muerte del pecador, sino que viviese y pagase: Mazarino además, como se sabe, le permitía todavía cantar: era preciso que el pecador estuviese bien endurecido para quejarse de él.

No solamente el pecador se quejó: pero apenas el duque de Mercœur cesó de pesar sobre él con su presencia, cuando se insurreccionó de nuevo. En lugar de los cónsules nombrados por el rey, se nombró á Francisco Bausset, Vacer y Lagrange: el abogado de Loule fué nombrado asesor. Como se ve, nada se había hecho: era preciso comenzar todo de nuevo otra vez.

El 16 de octubre de 1659, La Gubernelle, teniente de las guardias del duque de Mercœur, llegó á Marsella. Acababa de leer este decreto á los cónsules, cuando los partidarios de Nioselle se lanzaron al salon de las sesiones, destrozaron el decreto del parlamento de Aix, y arrancaron los bigotes á Gubernelle. Esta vez la cosa era demasiado fuerte: Luis XIV decidió que vendría él mismo á poner en razón á aquellos amotinados.

En efecto, el 12 del mes de enero de 1660, el rey pasó el Ródano en Tarascon; y el 17 acompañado de la reina madre, del duque de Anjou, del cardenal Mazarino, del príncipe de Conti, del conde de Soissons, y de la condesa Palatina de Nevers, hacia su entrada en Aix por la puerta de los Agustinos.

Marsella sabía que con Luis XIV no se andaba en juegos. Su entrada en el parlamento con botas y espuelas había tenido un grande eco en toda la Francia, y todavía entonces no era con el látigo sino con la espada en la mano como se presentaba S. M.

Como Nioselle era el mas culpable, le obligaron á ocultarse. Encontró con dos de sus amigos un refugio en la bóveda de los capuchinos. Despues se envió al rey, á fin de desarmarle, á Estéban de Puget, obispo de Marsella.

Estéban de Puget se lisongeo mucho de la eleccion que sus compatriotas habían hecho de él; pero como él mismo con motivo de la rebelion tenia que pedir perdon de algunos peccadillos, resolvió interesar al rey añadiendo veinte años mas á su edad. Logró esto cubriéndose la cabeza con un inmenso solideo, é imprimiendo á sus piernas un continuo temblor, y condenó su rostro á un cierto gesto que había estudiado antes en el espejo, y que tenia la ventaja de hacer sobresalir todas las arrugas. Tomadas estas precauciones se presentó delante del rey.

Representó tan bien su papel, que Luis XIV fué engañado. Se aproximó cerca del obispo; bajó la cabeza para oírle, porque el pobre prelado se hallaba tan encorvado, y tenia la voz tan débil y tan cascada, que su palabra no podía subir al oído del rey.

Así enternecido el rey mandó que le dieran un sillón al embajador. El embajador se negó un poco de tiempo por la forma y por la política; pero encantado de ver lo bien que le salian las cosas concluyó por sentarse en su silla, y allí una vez sentado, le atacó un acceso tan violento de tos al pobre anciano que la córte creyó que iba á darle un accidente; de modo que los abates y los sacerdotes de la comitiva de Mazarino vieron ya una ocasión de obtener un ascenso, se aproximaron al cardenal, y le pidieron la futura ó supervivencia del obispo. Al primero, Mazarino no le dijo nada; al segundo, se contuvo todavía; pero al tercero llamó á su capitan de guardias, y enseñándole al obispo que se hallaba encorvado y pegada casi la barba á la rodilla, continuando en representar su papel con el mejor éxito.

—Signor de Bézemaux, le dijo con aquel acéto italiano que daba tan placentero relieve á sus habituales chanzas, hacedme el favor de matar al señor de Puget.

Pero todo lleno de estupor Bézemaux hizo un gesto instintivo y negativo: el obispo dió un salto desde su silla poniéndose en pie: Luis XIV aguardaba siempre una chanza, y se echó á reír. Los pretendientes encontraron que este modo de hacer una vacante de un obispo era demasiado ejecutivo.

—Señor, dijo entonces Mazarino, ¿y qué queréis que se haga? Es preciso que yo mande matarle, pues que no teneis la paciencia de aguardar á que se muera. A pesar del buen humor de Mazarino que le había causado tanto miedo, el obispo no pudo obtener nada de positivo. Luis XIV dijo, que veria en el mismo Marsella lo que se debía hacer, y le envió para que anunciase á la ciudad la llegada del duque de Mercœur con siete mil hombres.

La manera con que el duque de Mercœur cumplió su mision no era muy propia para tranquilizar. Los cónsules habían salido á su encuentro hasta Avenc, y les había dado la orden de ir á aguardarle á la casa del ayuntamiento. Al entrar en Marsella el duque de Mercœur había señalado ciertos sitios, y en aquellos sitios al instante mismo habían levantado unas horcas: despues fué á la casa del ayuntamiento, entró en la sala de las sesiones municipales en medio de su guardias; y viendo á los cónsules que le aguardaban en pie y con la cabeza descubierta les dijo:

—Señores, yo os creo mas desgraciados que culpables, pero habeis caído en la desgracia del rey. S. M. no quiere que seais cónsules, ni que en lo sucesivo haya mas ma-

gistrados de este nombre: ha resuelto cambiar la forma de gobierno de la ciudad, habiéndome mandado que os deponga y entregue vuestra autoridad en manos de Mr. Piles, para mandar á los habitantes y á las gentes de guerra, que aquí estan y estuvieren de guarnicion, hasta que S. M. haya arreglado la forma de gobierno político.

Cuando hubo terminado este discurso el duque de Mercœur hizo una seña al capitan de sus guardias, que se acercó á los cónsules, y les cogió de las manos los sombreros de terciopelo carmesi listados de blanco, signos de sus cargos. Despojados así los cónsules se retiraban, y cuando se retiraban les dijo todavía el duque que todos los cargos municipales, aun el de capitan de cuartel, eran mantenidos, y que los soldados pagarían lo que tomasen. En el mismo dia en señal de que las órdenes del rey estaban ejecutadas, envió los cuatro sombreros á Mazarino. Despues se acamparon los soldados en las calles: se serraron por el medio todos los cañones de bronce, y aun hasta aquella eulebrina de gloriosa memoria ante la que había retrocedido Borbon: en fin, se abrió una brecha en la muralla, habiendo declarado el rey que queria entrar en Marsella como en una ciudad tomada por asalto.

En efecto, despues de haber visitado el rey la estacion del *Santo Balsamo*, despues de haberse mostrado resplandeciente como el sol, que era su divisa, en Tolon, en Hyères, en Soliés, en Brignolas, y en Nuestra Señora de Gracia, se cubrió la frente con una nube de cólera, y el 2 de marzo de 1660 á las cuatro de la tarde se presentó á caballo ante la brecha.

Llegado allí dirigió una mirada sobre la puerta, vergonzosa del desden real con que era tratada, y viendo encima de ella una gran lápida de mármol negro sobre la que estaba escrito en letras de oro: *sub cuius imperio summa libertas*, «bajo cualquier dominio en que esté entera libertad,» preguntó lo que era aquella inscripcion:

Respondiéronle que era la divisa de Marsella.

—Bajo mis predecesores es posible, respondió Luis XIV, pero no bajo mi reinado.

A estas palabras hizo un gesto, y fué arrancada la lápida.

Detúvose el rey hasta que se ejecutó su orden. Despues se volvió á poner en camino. Sobre la brecha encontró á Piles de rodillas. Venia el nuevo gobernador á presentarle las llaves de oro de la ciudad en una bandeja de plata. El rey hizo la accion de tomarlas: despues, colocándolas inmediatamente sobre la bandeja:

—Guardadla, Piles, le dijo: las guardais muy bien; yo os las doy.

Detrás del rey marchaba un capitan provenzal llamado Waltrick á la cabeza de dos

compañías, pero este se hizo abrir la puerta; y al observarse que la brecha había sido hecha para que pasase por ella.

—Seria insultar á mi patria, respondió, esa brecha puede ser buena para mi rey, pero nosotros los capitanes y soldados no pasamos sino por las brechas abiertas á cañonazos.

El rey fué á alojarse á la casa de Riquetti de Mirabeau; era el abuelo del Mirabeau que debía un siglo despues conmover tan violentamente aquella monarquía que Luis XIV creia eterna. La casa es la misma que existe hoy dia aun en la plaza de Lenche, y que sirve de hospicio á los *niños de la Providencia*.

En todo el camino no había encontrado el rey mas que hombres; ni un rostro femenino se le había mostrado. El jóven rey y los que le acompañaban, sin exceptuar al cardenal, tenían tan buena reputación que sucedia así en todas las entradas reales. Las mugeres y las doncellas se hallaban de esto tan desesperadas como el rey y los cortesanos, pero en aquella época los padres y los maridos no se andaban en chanzas.

Nioselle fué condenado á que le cortaran la cabeza; la sentencia prevenia además que él y su posteridad serian degradados de la nobleza: que el verdugo rompería los escudos de sus armas: que se demolería su casa; y que sobre el sitio de aquella casa se levantaria un padron de infamia.

Esta sentencia fué fielmente ejecutada, exceptuando sin embargo, la parte mas importante: aun cuando se había ofrecido la suma de seis mil libras por la cabeza de Nioselle nadie se manchó con una delacion. Nioselle logró llegar á Barcelona, donde permaneció desterrado cincuenta y cinco años.

Al cabo de cincuenta y cinco años, Luis XIV, viejo y próximo á la muerte, le perdonó. Nioselle volvió á entrar en su patria, vió derribar la columna del padron de infamia que deshonoraba su nombre; fué reintegrado en su nobleza, y murió en el mismo año cual si no hubiese aguardado mas que su rehabilitacion para morir.

En cuanto á Luis XIV, un dia que se paseaba en Marsella, y que veia todas las encantadoras casas que rodean la ciudad risueñas al sol, y ostentando sus blancas paredes con sus techos de color de rosa y sus persianas verdes, á las que daban sombra algunos pinos, preguntó cómo se llamaban aquellas lindas moradas en el lenguaje del pais.

—Se llaman *bastidas*, respondió Fortia de Piles.

—Está bien, dijo Luis XIV, yo tambien quiero tener una bastida en Marsella. Duque de Mercœur, buscadme un sitio; yo me encargo de enviaros un arquitecto.

Fué escogido el sitio enfrente de la torre de San Juan edificada por el rey René. El arquitecto fué Vauban: la bastida se llamó el fuerte de San Nicolás.